





CONJURA EN NUEVA ESPAÑA



José Garrido Palacios

CONJURA EN  
NUEVA ESPAÑA



Primera edición: mayo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Garrido Palacios

ISBN: 978-84-18663-90-1

ISBN digital: 978-84-18663-91-8

Depósito legal: M-15046-20121

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres,  
ausentes de esta vida,  
por su cariño y ayuda.*





En 2019 se cumplieron 500 años de la llegada de Hernán Cortés a Nueva España, del nombramiento de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y del comienzo de la primera circunnavegación del mundo a cargo de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano.



# I

*Gran temor y admiración puso en los oyentes el cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerlo de farante cierto y verdadero.*

Francisco López de Gómara: *La conquista de México*.  
«Venida de Jerónimo de Aguilar a Hernán Cortés», p. 66.

*Coyoacán, Nueva España, 1522*

Al alba, los rayos solares iluminaban con todo su vigor este barrio periférico de Tenochtitlán, capital del Imperio azteca, que apenas un año antes había sido conquistada por los españoles.

En el palacio de Cortés, al suroeste de Ciudad de México, nació el primer mestizo de sangre noble, símbolo de la unión de dos culturas, dos religiones, dos continentes y dos civilizaciones. La fusión de dos mundos lejanos y hostiles, el encuentro de etnias y costumbres que marcarán para siempre el devenir del Nuevo Mundo.

El primer mestizo noble en una tierra de mestizos.

Hernán Cortés conquistó la metrópoli azteca cuando mediaba el mes de agosto de mil quinientos veintiuno de Nuestro Señor Jesucristo, y para ello contó con su hueste de españoles, la ayuda de los indígenas enemigos del Imperio azteca y la encomiable contribución de una persona mítica en la conquista, *la Malinche*, deno-

minada así por los aborígenes, en femenino, por ser la compañera de Cortés, Malinche, sin artículo, la madre del niño que nació en un barrio de Tenochtitlán.

A poco de alumbrar el varón en un palacio de mujeres, pues allí se encontraban la comadrona, tres hijas del emperador Moctezuma II capturadas durante la conquista y las esclavas de servicio, el joven Gaspar, ayudante de Cortés, se encargó de comunicar la buena nueva.

—Mi señor, ha sido varón —dijo, cuando lo encontró dirigiendo unas obras próximas al templo mayor de Tenochtitlán.

La alegría se desbordó. Cortés lo premió con albricias y transmitió su emoción a los capitanes de su ejército para que compartieran ese momento de felicidad. Era el segundo hijo y el primer varón del *Conquistador*, el que podría seguir el linaje de Cortés en Nueva España, en la tierra conocida de las Indias y conquistada por sus tropas. Ahora bien, la primera hija de Cortés fue Catalina, nacida en Santiago de Cuba ocho años atrás, fruto de su relación con Leonor Pizarro, en tiempos de su desposorio con Catalina Juárez Marcaida, de la que hablaremos.

El joven Gaspar Ruiz del Castillo nació en una aldea del pueblo sevillano de Castillo de los Guardas, y de ahí su apellido, en un enclave medieval, antes romano, conocido por su rico patrimonio cultural y su situación cercana a la ciudad hispalense. En ese bello lugar, dominado por una fortaleza bajomedieval, Gaspar dio sus primeros pasos en el seno de una familia de trabajadores, sencilla y honesta de la tierra andaluza, y a ese lugar llegaban noticias de los aventureros de las Indias, hazañas de unos hombres valientes y orgullosos que surcaban los mares para lograr riqueza, fama y honores, ideales de muchos hombres de antaño, hombres de la milicia, anhelantes de gloria y fortuna, de poder y prestigio, de nuevas tierras conquistadas en las Indias o en Europa, donde el emperador Carlos V trataba de consolidar su imperio allende la península ibérica.

Gaspar tenía diez años menos que Hernán Cortés cuando se embarcó en la misma expedición de las Indias y llegó a la isla de

Santo Domingo a principios de siglo. Allí permaneció un tiempo hasta que tuvo la oportunidad de luchar en la conquista de Cuba. Ambos intervinieron en los combates y Cortés fue nombrado alcalde de Santiago de Baracoa, luego Santiago de Cuba. Allí se le otorgó una encomienda y se dedicó a criar ganado. Gaspar estuvo con él y aprovechó sus conocimientos y los del cronista Bernal Díaz de Castillo para aprender a leer y a escribir.

El recién nacido, bautizado con el nombre de Martín Cortés en honor al padre del Conquistador, un hidalgo extremeño de Medellín que aun no siendo rico podía vivir con desahogo merced a sus rentas, era cuidado por una mujer azteca que le susurraba en su lengua, el *náhuatl*. Los oídos de Martín pronto se acostumbrarían a escuchar las primeras palabras de su madre y cuidadora, pendiente de cada gesto, cada sonido. Esos primeros momentos de ternura y de contacto con el mundo exterior le quedarían a Martín grabados en su memoria.

La Malinche era bastante más que una compañera, una amante y la madre del primer hijo varón de Cortés; era también su intérprete principal y su persona de confianza desde que la conoció en el golfo de México e inició la conquista de Nueva España.

Una vez que el ejército de Cortés llegó a San Juan de Ulúa, se presentaron unos indígenas e intentaron hablar con el jefe español. Se expresaban en una lengua desconocida para los militares. No obstante, con ayuda de la Malinche, conocedora de los idiomas náhuatl y maya, se consiguió traducir lo que decían y transmitirlo al fraile Jerónimo de Aguilar, quien tradujo al español las palabras del maya, aprendido por él durante su cautiverio.

—Esa chica me gusta —reveló Cortés a su capitán Pedro de Alvarado.

Se refería no solo a su función como intérprete, sino a algo más. Se fijó en su porte, esbelta, bien proporcionada, guapa, con una mirada limpia y alegre, los labios carnosos y el cabello color azabache cayendo en cascada por su espalda.

Era realmente bella.

—Gaspar, tienes que enterarte del pasado de esta india.

De las palabras de aquellos hombres, cubiertos tan solo con taparrabos, Cortés se puso al corriente de que los indios totonacas eran enemigos de los mexicas, dominadores del Imperio azteca, que les exigían tributos y personas para sus ritos. Eso mismo ocurrió días después, cuando la hueste de Cortés se presentó en Quiahuiztlán, donde el *cacique Gordo* de Cempoala les contó que en su poblado había unos emisarios de Moctezuma II exigiéndole la entrega de veinte jóvenes para ser sacrificados en los templos de sus dioses. Entonces fue cuando Cortés se percató de la rivalidad de ambos bandos.

—No os preocupéis. Velaré por vuestra seguridad si no pagáis los tributos —afirmó Cortés.

Los totonacos respiraron. A cambio de su ayuda a Cortés, ellos quedaban protegidos por los militares españoles, lucharían a su lado frente a un enemigo irreconciliable, el azteca.

\*\*\*

—La Malinche era cacica e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos —aseveró Gaspar a su señor—. Y fue trasladada a Tabasco de manera extraña.

—A ver, Gaspar, dime qué pasó con ella —apremió Cortés, que no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Sí, mi señor. Nació en Coatzacoalcos, villa de Painala, y su padre era el cacique. Ella vivió en su casa hasta los catorce años y fue entregada a unos *pochtecas* de Xicalango, a poca distancia de Campeche, comerciantes utilizados por el gran señor de Anáhuac (Imperio azteca) como espías para obtener información. Siendo ella muy niña, murió su padre y su madre casó de nuevo con un mancebo cacique. Tuvieron un hijo y, para evitar problemas con la herencia, entregaron una noche a su hija y dijeron que había fallecido, en lugar de una criada que acababa de expirar. La Malinche fue vendida como esclava.

—¿Esclava?

—Eso dicen. Lo mismo que tenían en su casa, ya que su padre disponía de tierras, criados y esclavas a su servicio.

Cortés se quedó pensando. Ahora entendía él las buenas maneras de la Malinche. Era de origen noble y su educación y su forma de actuar correspondían a su formación en los primeros años.

—Más tarde, los primeros comerciantes la vendieron a otros *pochtecas* de Tabasco y estos nos la ofrecieron como tributo con otras mujeres —amplió Gaspar en su explicación, basada en datos obtenidos a través de Jerónimo de Aguilar una noche de luna nueva, sentados al pie de una palmera.

—¡Humm!, veamos. El idioma náhuatl lo aprendió en su niñez y el maya debió de conocerlo a lo largo de los últimos años, de esclava, ¿verdad?

—Eso me dijo el fraile. Ella ha aprendido el maya cuando vagaba de un lado a otro con los comerciantes.

—Está bien, Gaspar. Procura estar pendiente de ella por si necesita algo.

—Sí, mi señor.

Cortés recordó los primeros momentos de su encuentro con los indios de Tabasco. Tuvieron un duro combate y los nativos, como signo de vasallaje y amistad, entregaron objetos de oro y esclavas para ser utilizadas como barraganas. Varios conquistadores las convirtieron en esposas *de facto*, sin el sacramento del matrimonio, y anteponían el título de *doña* a su nombre castellanizado. Ellas dejaban la manumisión para convertirse en *señoras*.

Hernán Cortés ordenó catequizar y bautizar a las esclavas y las repartió entre sus capitanes. La Malinche fue asignada a Alonso Hernández Puertocarrero, quien estuvo con ella hasta que viajó a España con el quinto real de las riquezas obtenidas, tres meses después. En ese momento, ella pasó a ser la compañera del Conquistador.

El nombre primigenio de ella era Malinalli, al que se añadió el sufijo *tzin* de rango y nobleza azteca, de modo que se apodó *Ma-*

*lintzin*, derivando posteriormente en Malinche, distinguiendo entre el sustantivo solo para llamar a Hernán Cortés y con el artículo femenino para ella.

—Señor, los soldados la llaman doña Marina —apuntó Gaspar. En efecto, del primer nombre, Malina o Malinalli, se modificó la letra *l* por la *r* y se quedó con el de Marina, el popular de los hispanos.

—Lo sé, mas prefiero nombrarla como lo hacen sus compañeros indígenas —repuso.

En los distintos encuentros de Hernán Cortés con los nativos, y siempre que se presentaba una situación favorable, los españoles realizaban demostraciones de poder. Eran temidos por los indígenas y considerados como *teules* (dioses blancos). En una ocasión tuvo lugar una de ellas, delante del cacique Gordo de Cempoala y de los recaudadores de tributos de Moctezuma: cinco hombres terribles, caciques, arrogantes y suntuosos que pretendían conseguir jóvenes para sacrificarlos ante el dios de la guerra, Huitzilopochtli. Cortés mandó al vizcaíno Herrera *el Viejo*, a quien no le faltaba detalle alguno en su fisonomía —era tuerto, cojo, con una cicatriz en la cara y mala catadura—, que se dirigiera al río, disparara el arcabuz y diera brincos y gritos por el cauce, de tal suerte que los invitados creyeran que era un verdadero *teule*. O demonio.

Esa actuación estelar impresionó a los invitados y, a modo de agradecimiento, el cacique Gordo entregó su hija al Conquistador. Al parecer era fea, según el cronista Díaz del Castillo, si bien la aceptó con sumo gusto, dando gracias por el presente.

A pesar de la amistad de Cortés con los cempoalenses, el español era inflexible en un punto sensible de la cultura totonaca, y no era otro que el religioso vinculado a los sacrificios humanos, las prácticas de canibalismo y sodomía. Esos aspectos, contrarios a la fe cristiana, no eran admisibles y los conquistadores trataron de erradicarlos en todo momento. Medio centenar de soldados de Cortés ascendieron las empinadas escaleras del templo de Cempoala y arrojaron las esculturas de sus ídolos, dando tumbos por



los escalones, al igual que numerosas veces lo habían sido los cuerpos de las víctimas. Limpiaron la cima del templo de sangre coagulada y manchas grotescas de seres humanos, y en su lugar colocaron una cruz y la imagen de la Virgen con el Niño. A sus pies, unas velas iluminaban la silueta de la Virgen mientras los españoles rezaban, dando paso a un acto solemne.

Los indios no daban crédito a lo que observaban. Unos hombres o dioses blancos se arrodillaban ante una imagen femenina y la rezaban como a una diosa, sin sangre ni muertes de seres humanos. Parecida sorpresa se llevaron los sacerdotes de Cempoala cuando fueron obligados a raparse el pelo hirsuto y sucio de sangre cuajada de los sacrificios y a lavarse todo el cuerpo como un bebé.

—Mi señor, los sacerdotes están molestos por lavarse y cortarse el pelo —señaló Gaspar a su jefe.

—Con el tiempo nos lo agradecerán. Es un asco y su olor, nauseabundo.

¡Puj!

\*\*\*

El joven Gaspar tuvo una recompensa en el reparto de las esclavas. Una morena aniñada, tímida, con los ojos de la noche, grandes y profundos, le entregaron tras la recepción de las veinte mujeres y su asignación a los capitanes de Cortés. Uno de estos se la cedió al ayudante y él no se lo creía, le sonreía la suerte, podía disfrutar de los placeres sexuales de la chica y constituir una familia. La muchacha se llamaba Ixquic, *diosa madre* para los mayas, y la bautizaron como Inés, más popular y sencillo para los españoles. La relación resultó complicada al principio, en particular por la falta de comunicación, limitada a algunos gestos, miradas, sonrisas y picardías. Los días eran duros por las travesías, las frecuentes luchas con los indios que obligaban a estar en guardia y los servicios de toda índole que imponía la campaña en Nueva España. En cambio, por las noches, las caricias y el contacto de sus manos

hacían que el amor fuera despertando despacio, lentamente, como las buenas obras.

El obstáculo del idioma se fue superando con esfuerzo. Y para ello la pareja contó con la ayuda de Jerónimo de Aguilar, quien se prestó a colaborar en esa tarea. Al final de la jornada, cuando caía la noche y los cuerpos se relajaban, era el momento preferido por todos para sentarse a la vera del río o en la costa viendo el reflejo de la luna y las estrellas sobre la superficie infinita del golfo de México. La brisa marina acariciaba los rostros de Gaspar e Inés y alimentaba los sueños de un futuro feliz; se paseaba por la mente de los enamorados en esos instantes de recreo y soledad.

—Jerónimo, por favor, puedes explicarnos cómo has conseguido hablar el maya —inquirió Gaspar con expectación.

—Es una larga historia. Soy natural de Écija y estudié desde niño en un colegio de religiosos. Con ellos pasé muchos años y me hice fraile. En mil quinientos diez, embarqué rumbo a Tierra Firme, hacia el poniente del Caribe, al mando de Vasco Núñez de Balboa, y fundamos Santa María de la Antigua del Darién. De regreso a La Española (isla de Santo Domingo), en vanguardia iba en un buque comandado por Juan de Valdivia. Se desató una fuerte tormenta y naufragamos. De todo el pasaje solo conseguimos salvarnos en un batel dieciocho hombres y dos mujeres. Con muchas dificultades llegamos a la costa oriental de Yucatán y allí nos atacaron los indios. Todos murieron salvo dos.

—¿Dos?

—Dos. Gonzalo Guerrero y el que os habla. Aquí estoy solo —precisó Jerónimo sin mentar lo de su compañero español, y siguió—: He vivido como esclavo de los mayas durante ocho años y luego me dejaron algo de libertad. Poco tiempo ha llegó una carta de Hernán Cortés preguntando por nosotros. La leí y se la entregué a Gonzalo. Él dijo que no quería saber nada, que me presentara yo ante los españoles. Mi cacique me lo permitió y varios indios vinieron conmigo. Contacté con vosotros en la isla de Cozumel cuando navegaba en una canoa y estaba a punto de perecer en las aguas del

Caribe. El resto ya lo sabes. Llevaba puesto un viejo taparrabos y una manta raída, por lo que me entregasteis un jubón, una camisa, calzones, alpargatas y una montera.

Cuando el fraile mencionaba el nombre de Gonzalo, la voz se quebraba, sovoz y titubeante, y con su mano derecha se tocaba una oreja. Algo había sucedido con su compañero o amigo que no deseaba explicar. No obstante, Gaspar lo dejó pasar y prefirió proseguir el discurso de los esclavos.

—¿Te han maltratado los indios?

—Bueno..., digamos que he salvado la vida. Para ellos el esclavo no es persona ni ciudadano, sino una cosa para su amo. Aparte de otros motivos, a la situación de esclavo se llega por el cautiverio. Los prisioneros que no han sido sacrificados se venden o se adoptan como esclavos. Nos emplean como animales de carga, portadores de los *pochtecas* y en el servicio doméstico.

—Me imagino que un esclavo se puede librar de ese estado — se interesó Gaspar.

—Sí, claro. Un esclavo se puede casar con una mujer libre, y este es el caso de mi compañero Gonzalo, o puede ser liberado de esa condición por el soberano o el cacique. En ocasiones son vendidos o cambiados por mercancías. Las viudas, por ejemplo, se casan con sus esclavos para el sustento de la casa. Ellos quedan libres y los hijos de ambos nacen libres. Hay un hecho curioso entre los esclavos indios porque pueden serlo con carácter temporal. Se admite que un esclavo sea sustituido por un familiar durante un tiempo determinado, un hermano por lo común, y con el mismo amo. Y además se permite abonar el importe de lo pagado por el amo y recuperar la libertad. En muchos casos, la situación de esclavitud es pasajera, por turnos, y se puede salir con medios económicos o la benevolencia de los caciques. Lo peor de todo es que la mayor parte de los esclavos es utilizada para las ofrendas en la cúspide de las pirámides sagradas. En dicho lugar esperan la piedra de la muerte y el cuchillo de obsidiana, con el que abren los pechos para sacar corazones palpitantes, que rezuman la sangre todavía caliente de las víctimas.

—¡Dios mío! —exclamó Gaspar horrorizado.

—Con todo ello —continuó el fraile—, hay personas que desean ser esclavos de manera voluntaria...

—... No puede ser —interrumpió.

—Te comento, joven. Los que eligen esa opción suelen ser personas especiales: borrachos, vagos o tullidos que no pueden trabajar. Los perdedores en el juego de pelota se incluyen en ese grupo y los que cometen algún delito o crimen.

A la vez que ellos conversaban, Inés se distraía con una rama. La había cortado en trozos de diez centímetros con una piedra de pedernal y de uno de ellos extraía la madera de su interior para elaborar un vaso. Le gustaba la artesanía y, en cuanto disponía de algunos minutos libres, se entretenía con algún objeto, ora de piedra, ora de madera o plumas de aves.

Los dos hombres observaron unos instantes el esmero con el que trabajaba Inés, su destreza para las manualidades, y sin palabras un rictus amable brotó de sus labios. Ella no había perdido el tiempo.

—¿Y qué pasó con Guerrero? —Gaspar no pudo aguantar su curiosidad.

—Tal vez más adelante —se excusó.

\*\*\*

Martín Cortés, *el Mestizo*, recibía todo el cariño de su madre en el palacio de Cortés en Coyoacán. Desde el primer día de su nacimiento, la Malinche trató de educarle según sus costumbres, sin menoscabo de la impronta del padre y los españoles que albergaba el palacio, repleto de mujeres. La Malinche le hablaba en náhuatl y algunas palabras en español, idioma que ya dominaba después de varios años de convivencia con la hueste de Cortés.

Poco antes de nacer Martín, ella se enteró de la llegada de la primera esposa de Cortés procedente de Cuba. Catalina Juárez, conocida habitualmente por su segundo apellido, *la Marcaida*, casi no

había convivido con su marido desde su enlace matrimonial, pues, con arreglo a los cronistas, ocupaban camas distintas en Cuba. Ella era estéril y enfermiza, con múltiples dolencias que la obligaban a permanecer en cama mucho tiempo. Pero, ¿quién era Catalina Juárez?

Todo comenzó cuando Cortés era secretario de Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba. Aquel cortejaba a Catalina, una granadina de ojos vivos, agraciada y humilde, que ejercía de sirvienta de doña María Cuéllar, esposa de Velázquez. La dama no estaba sola, sino acompañada de tres hermanas y un hermano, Juan Juárez. Al principio todo iba bien, justo hasta que Diego Velázquez se encaprichó de otra hermana. Esta presionó a su amante y este a Cortés para que cumpliera el compromiso de matrimonio. Cortés, ya ducho en amoríos, no estaba de acuerdo, mas tampoco quería desairar al gobernador. Algunos cuentan que estuvo en la cárcel por negarse al enlace, otros que lo era por motivos políticos. En puridad, Cortés accedió a la celebración de la boda y se reconcilió con Diego Velázquez.

Cortés fue feliz durante las primeras semanas, luego se olvidó de su esposa casi por completo, unido ese recuerdo al de Diego Velázquez por múltiples motivos, entre otros por salir de Cuba hacia Nueva España sin su permiso. El Conquistador se había convertido en un enemigo acérrimo. Así, transcurridos tres años de ese incidente, Catalina apareció por sorpresa en la costa del golfo de México, a poca distancia del río Ayahualulco. Al saberlo Hernán Cortés, trató de atenderla y no descuidar sus deberes profesionales.

El Conquistador despachó a la costa al capitán Gonzalo de Sandoval para recibir a su esposa y su séquito, incluyendo las hermanas, hermano y madre, y con todo boato se desplazó por tierras mexicanas hasta llegar al palacio de Coyoacán. Ella estaba encantada en aquel lugar, rodeada de doncellas, lujos y servicios de todo tipo. Las relaciones de la pareja se mantuvieron un tiempo y guardaron las formas de cara al exterior, si bien en el fuero interno de cada uno se rumiaba su pasado, la ausencia de cariño.

—Me has tenido abandonada los últimos años —le reprochó ella en privado.

—No es cierto. Te he enviado alguna carta y joyas —respondió Cortés con amabilidad.

—Una vez en mucho tiempo. Solo eso.

—Bien, ¿y tú, qué me has enviado?

La Marcaida calló. Bajó la cabeza con resignación.

Los días pasaban despacio y la pareja daba muestras palpables de su distancia física y afectiva. Ella se dedicaba a pasear por los jardines del palacio en compañía de familiares y su hermano Juan se entrometía en los asuntos del cuñado. A Cortés no le gustaba eso y prefirió alejarse de la casa y dedicar más tiempo a la reconstrucción de la nueva capital de México.

Amén de esa actividad, Cortés continuó con sus devaneos de siempre. Atendía a la Malinche, a punto de dar a luz al futuro Martín, y a otras señoritas de su entorno. La promiscuidad del Conquistador era conocida: le gustaban las mujeres y practicaba con ellas el juego del amor; tanto españolas como indias, sin reparos. Y una prueba evidente la había tenido antes de nacer el primer hijo varón, ya que durante su estancia en Cuba había yacido con la española Leonor Pizarro, quizá pariente lejana, y de esos encuentros nació Catalina, su primera hija, que sería legitimada por su padre.

La vida anterior de Cortés era conocida por la Marcaida y estaba dolida por ello; y aún más cuando tuvo que compartir con la Malinche su residencia palacial. Era excesivo para su dignidad. Insoportable.

—Me gustaría que la india embarazada se fuera del palacio —soltó Catalina Juárez un día a su marido con enojo.

—Tendrá un hijo mío y quiero que nazca aquí —impuso él.

Catalina se fue de malos modos de la habitación conyugal. Su enfado y el tiempo poco favorable para su salud motivaron que cayera enferma. El clima de los Valles Centrales de México, a una altitud que supera los dos mil metros, perjudicaba su estado, además de que padecía de asma. Permaneció en cama con una fuerte

depresión y problemas respiratorios durante varias semanas. Más tarde, algo recuperada, se levantó de la cama e intentó retomar la vida cotidiana.

Una noche, en el alborar de noviembre del año en que Catalina llegó a Nueva España, se celebró una gran fiesta en el palacio de Cortés. Asistieron cientos de invitados y todos iban vestidos con las mejores galas. Las risas, comida y bebida no faltaron por doquier, ni tampoco las bromas y el buen ambiente. Todo resultaba perfecto. En un instante, con la fiesta ya avanzada, la Marcaida se dirigió al capitán Solís para quejarse de que los indios no le hacían caso. El aludido contestó:

—Yo, señora, no los ocupo. Ahí está su merced —se refería al capitán general y gobernador de Nueva España nombrado por el rey Carlos I, o sea, a Hernán Cortés—, que los manda y ocupa.

—Os prometo que antes de muchos días yo haré de manera que no tenga nadie que entender en lo mío —contestó ella desabrida y que sonó como una amenaza hacia su marido.

Cortés se encontraba cerca y escuchó el exabrupto. Se quedó sorprendido y, aun cuando desconocía con detalle lo ocurrido, dijo:

—Con lo vuestro, señora, yo no quiero nada.

Catalina se fue de la sala de baile y se encaminó a sus habitaciones. En tanto, Cortés prosiguió con sus invitados y trató de soslayar el asunto.

Al rato, Cortés fue al dormitorio de su esposa. Estaba rezando. Hablaron. A las dos horas él llamó a una doncella.

—La señora parece muerta —manifestó.

La doncella de mayor confianza, Ana Rodríguez, se hizo cargo del estado de Catalina y llamó al médico. El facultativo revisó su estado y en breve emitió el diagnóstico:

—Catalina ha expirado.

Los lloros, gritos y lamentos se extendieron por los corrillos de la cena de gala y, tras dar el pésame a los parientes y amigos de la fallecida, se retiraron a sus hogares. Cortés sintió hondamente la pérdida de su esposa y, pese a que las relaciones no eran muy

buenas, nunca había querido su muerte, y menos aún que eso sucediera con ella en sus brazos y en su habitación. «El fallecimiento ha sido natural, a causa de sus enfermedades», comentó el médico.

A partir de ese día, Cortés se entregó con mayor ahínco, si cabe, a su labor de erigir una nueva ciudad y de la gobernación de México.

Su quehacer no era nimio.

Algunos maldicientes divulgaron que la Marcaida, en el momento del óbito, tenía unas marcas oscuras en el cuello y su collar de perlas estaba roto. Esa versión empañó el honor de Hernán Cortés.

¿Sería verdad que él intervino en el desenlace letal?

\*\*\*

Gaspar estaba pendiente de las necesidades de la Malinche y de su hijo Martín, como le había encargado su jefe Cortés, y colaboraba con el paje Juan de Ortega, quien aprendió el náhuatl directamente de la Malinche. Juan y Gaspar se sentían a gusto en el trabajo y a veces intercambiaban el puesto para descansar o resolver algún asunto privado.

En ese sentido, Gaspar tenía obligaciones familiares añadidas, no solo por su mujer, a la que adoraba, sino por el vástago que tuvieron y bautizaron con el nombre de Antonio, a pesar de que su madre lo llamaba Ameyal, que en náhuatl quería decir *manantial*. Algo así era el chico, tan movido como una corriente de agua que brotaba de las entrañas de la tierra y se deslizaba suavemente por la pendiente en busca del curso principal, un cauce de agua que lo acompañaría en el camino de la vida.

El niño Ameyal nació después de Martín Cortés y ambos eran mestizos, hijos de madre azteca y esclava. Bastardos de culturas distintas y alejadas. No obstante su procedencia, pronto se entendieron las madres, que propiciaban encuentros para estar con sus retoños y hablar de sus cosas: la infancia, comidas y costumbres de



los pueblos mexicas. Eso contribuyó a no estar aisladas y a sentirse más fuertes en su propia tierra. Al abrigo de sus madres, los niños jugaban, lo pasaban bien y sentían la necesidad de estar juntos.

Esa situación permitía a Gaspar conocer los pasos de la Malinche en su tiempo libre y hogareño y, de paso, estaba pendiente de su progeñe. A decir verdad, ella se había alejado de la presencia de Cortés como consecuencia de lo acaecido con su primera esposa. No quería interferir en sus asuntos ni tampoco participar en sus romances. El enamoramiento de los primeros años se iba apagando como el pábilo de una vela y ese vacío lo llenaba ella con una mayor entrega a la educación de su hijo.

Lejos quedaban los primeros días en Cempoala cuando Cortés miraba a la Malinche como mujer y apreciaba sus encantos, su figura proporcionada y hermosa, los ojos bien despiertos y atentos a cualquier movimiento, sus pechos jóvenes y sus piernas bien torneadas. Lejos estaban los días de amor a primera vista por sus cualidades físicas e intelectuales, de lengua, dispuesta a traducir los idiomas más complejos. Y lejos se vislumbraban los días duros de Cholula y Tlaxcala, los ásperos combates librados en esas tierras de dominio azteca.

Atrás quedaron los primeros días en que se conocieron, cuando la Malinche se quedó embelesada por la figura del Conquistador. Ella recordaba cada fleco de su vestimenta, cada gesto de su cara y sus manos, cada mirada amable de su jefe.

Cortés hablaba con voz pausada, tranquila, sin inmutarse demasiado, sin insultos ni chillidos, hablaba con respeto sin merma de emitir órdenes duras, crueles si llegaba el caso, de gran trascendencia para la conquista, su ambición. Montaba a caballo con gallardía y manejaba las armas con habilidad; artes que cultivaba con muchas horas de instrucción y que exhibía en el combate y frente a los indios. Era un *tenle*, un dios para los indígenas.

La Malinche se interesó por una cicatriz que Cortés tenía debajo del labio inferior, disimulada con la barba que cubría su rostro; un rostro alargado, color ceniciento, dominado por la nariz algo corva, las cejas prominentes y los ojos amorosos, apacibles.

—La cicatriz de Cortés es consecuencia de una riña por una mujer en La Española —aclaró Gaspar a la Malinche—. En otra riña él hirió a su rival.

Desde esos primeros días, ella conocía las andanzas de su enamorado, del hombre culto y luchador que libraba batallas con la pluma y la espada; del hombre elegante que vestía con jubón negro y portaba dos medallas: una de la Virgen y el Niño y otra de san Juan Bautista. A él le gustaba el juego, de naipes y dados, y disfrutaba largamente con los capitanes, deseosos de pasar un rato entretenido en medio de la guerra. Cortés era sobrio con la bebida y dormía pocas horas, pues con frecuencia iba de ronda por los puestos de vigilancia para comprobar la seguridad del campamento.

—¿Qué te parece el jefe? —preguntó Gaspar a la Malinche una tarde soleada, sentados a la orilla del río Grijalba.

—Me gusta —sonrió de oreja a oreja—. Es una persona interesante.

Los ojos de la chica chispearon y en su cara tostada se entreveían unos tonos sonrosados. Su mirada se dirigió al suelo, apurada.

\*\*\*

Los dos primeros años de Martín el Mestizo se desarrollaron en el palacio de Cortés con tranquilidad. Él estaba acompañado de sus padres y la servidumbre; sin embargo, en mil quinientos veinticuatro todo cambió. Los acontecimientos políticos y territoriales en Nueva España le obligaron a adaptarse a la nueva situación.

Cortés estaba interesado en encontrar un paso terrestre por México entre los océanos Atlántico y Pacífico, por un itinerario más corto que el descubierto por Magallanes y Elcano, bordeando el continente americano por mares australes. Este camino era largo y costoso y por ello Cortés, en virtud de la información aportada por varios pilotos, como Juan de la Cosa, por ejemplo, quería encontrar el paso que tenía su origen en una bahía de las Hibueras, actual Honduras. El objetivo de la expedición consistía en recono-

cer la costa atlántica hasta encontrar el paso del estrecho, localizar el puerto marítimo y establecer en él un asentamiento español.

Para ello envió a la zona a uno de sus mejores capitanes, Cristóbal de Olid, el que atacó la ciudad azteca de Tenochtitlán desde Coyoacán tres años antes y contribuyó con su arrojo y lealtad a la victoria definitiva. Así, con aquel objetivo y otros, como el de conseguir oro y plata, Cortés despachó por delante a Alonso de Contreras, quien debía llegar a Cuba y adquirir caballos, armas y provisiones para la empresa. Cortés le entregó siete mil ducados de oro para la compra y en la isla cubana tenía que esperar la llegada de Cristóbal de Olid. Juntos continuarían la ruta marítima hasta las Hibueras.

A primeros de mayo, partió el capitán Olid con cinco navíos dotados de artillería, al mando de varios miles de indios y medio millar de españoles, incluidos treinta jinetes. Alcanzó la isla cubana y se encontró con Alonso de Contreras, de acuerdo con lo previsto; a continuación prosiguieron el viaje hasta las Hibueras, donde fundaron Trinidad de la Cruz.

Hasta ese instante todo era correcto, todo salvo la alarma despertada en Ciudad de México.

—Mi... señor... —dijo Gaspar, con la respiración entrecortada—. Ha llegado... un correo... de...

—Tranquilo, Gaspar. ¿Qué..., dime qué pasa?

Gaspar le advirtió de que los asuntos por esa región no se desarrollaban según lo previsto. El capitán Olid había pactado con Diego Velázquez, gobernador de Cuba, la ocupación y distribución de las riquezas de las Hibueras.

—¿Estás seguro de lo que dices? —gritó Cortés.

—¡Ojalá fuera una equivocación, señor!

—¡Imposible! —chilló el Conquistador, furioso—. Cristóbal de Olid no me ha podido traicionar de esa manera y quedarse con mi dinero, una inversión de diez mil ducados de oro. No puede ser cierto. ¡Me engañas, Gaspar!

El ayudante no respondió.

Sin tardar, Cortés llamó al correo y se informó de primera mano sobre lo ocurrido en Cuba y Honduras. Pese a su carácter flemático, en esa ocasión él perdió los papeles y se encolerizó. No podía soportar la traición de uno de sus hombres de confianza, uno de los mejores capitanes de la conquista.

Gaspar se apartó de las iras de su jefe y dejó que el fuego se apagase despacio. Ese hecho se asemejaba a otro sobrevenido al principio del viaje a Nueva España. El mismo Cortés tomó la iniciativa de esa empresa a espaldas del gobernador de Cuba. «¿Será en esta ocasión una revancha contra Cortés por lo realizado en Cuba?», pensó Gaspar. Eso nunca se sabrá, mas la realidad lo corroboraba.

—Gaspar, quiero ver de inmediato a mi primo Francisco de las Casas —ordenó el Conquistador a voz en cuello.

Con celeridad se presentó ante su jefe.

—¡Francisco, prepárate para un viaje rápido a las Hibueras! —exigió.

En poco tiempo se dispuso una nueva expedición a la zona. El parentesco le garantizaba a Cortés el cumplimiento de sus deseos, que no eran otros que la detención de Cristóbal de Olid, el juicio y la ejecución pertinente de la sentencia. Se trataba de una traición en toda regla, sin asomo de duda.

Comandando una flota de cinco navíos armados con artillería y un centenar de soldados españoles, algunos parientes de Cortés, zarpó Francisco de las Casas y puso la proa en dirección a Honduras con un documento firmado por su jefe otorgándole poderes para actuar en su nombre y revocando los de Olid.

El desembarco en el destino no fue muy halagüeño por cuanto un golpe de viento huracanado arrastró los buques hacia la costa y todo el personal cayó en manos de la hueste de Cristóbal de Olid. Arrestados, los cautivos trataron de salir airosos de esa situación. En un descuido de los guardianes y con ayuda de soldados fieles a Cortés, consiguieron revertir la situación. Lograron detener a Olid y a su tropa. Con premura se celebró un juicio por los delitos cometidos y el veredicto fue letal: pena de muerte para el capitán.

Cristóbal de Olid fue estrangulado en la plaza de Naco.

Ese desenlace, empero, no llegó a oídos de Hernán Cortés con la prontitud que requerían las circunstancias, de modo que no se enteró del éxito de su allegado. Por tanto, al carecer de noticias, dedujo que la misión había fracasado.

«Y ahora, ¿qué?», consideró Cortés.

\*\*\*

Gaspar observaba a su jefe preocupado, daba vueltas y vueltas por el palacio en Coyoacán y estaba malcarado con todos. Algo mascaba en su interior. En silencio, se refugiaba en los jardines y contemplaba cómo el agua salía con fuerza de un caño para adentrarse en la tupida floresta; corría sin parar por las acequias. Él trataba de dar sentido a aquel flujo acuoso que discurría por una cuesta y penetraba en el corazón de la selva hasta que encontraba un punto de luz y salía triunfante al final del jardín.

«¡Ya tengo la solución! —se dijo—. ¡Avanzar! ¡Avanzar! ¡Avanzar!».

Se levantó como si fuera un resorte del banco de piedra en que estaba sentado y comenzó a dar órdenes a sus subordinados.

—¡Preparad todo para una nueva expedición! ¡Nos vamos! —alzó la voz.

¡Huy! Tanto Gaspar como la Malinche y los sirvientes se quedaron asombrados. Una nueva aventura estaba en marcha.

—¿Puedo quedarme para cuidar a nuestro hijo Martín? —le interrogó la Malinche.

—No puedes, lo siento. Te necesito conmigo. Buscaré una persona leal para que cuide de él mientras estamos ausentes.

La Malinche guardó silencio y se retiró de su presencia con desazón.

Cortés reunió a sus capitanes y les dio instrucciones para marchar hacia las Hibueras. Eligió a varios familiares para la expedición y dispuso de una parte de las tropas, no toda por el peligro que conllevaba marcharse de la metrópoli mexicana. Desde la con-

quista de Tenochtitlán no habían cesado las intrigas entre los conquistadores y entre estos y los hispanos enviados por el rey Carlos I. Las luchas por el poder, la riqueza y los honores convertían a Nueva España en una jaula de grillos, una selva humana.

Algunos capitanes de Cortés opinaron que la situación de México no era la mejor para que él se fuera de viaje. Podía haber revueltas.

—No os preocupéis. Lo dejaré todo arreglado —afirmó.

—El viaje por tierra es muy peligroso —adujo otro subordinado.

—Lo superaremos. En peores situaciones hemos estado.

—Unos indios han contado que en el recorrido hay selvas y zonas pantanosas. Es complicado pasar por ellas —añadió un tercero.

—¡Pasaremos! —decretó.

A ese respecto, Cortés escribió al emperador en la *Quinta carta de relación* que hacía mucho tiempo que su persona estaba ociosa y que no hacía cosa nueva que a Su Majestad le sirviera.

Así pensaba el Conquistador.

La solución al asunto de su hijo Martín la encontró en un primo, Juan Altamirano, quien se hizo cargo de él hasta el regreso de la misión de las Hibueras. Aquello era muy duro para el niño y su madre. Martín contaba dos años cuando fue separado de su seno materno y entregado a otra familia, que a pesar de su trato cariñoso nunca podría sustituir al de la Malinche. Ella se enfadó consigo misma y con el mundo y, si ya estaba enfurecida con Cortés por lo de su extinta esposa, esa separación hacía difícil recuperar su amor por él. Ella era consciente de su obligación y necesidad como lengua, y a ese deber nunca faltaría; pero su amor no podía compartirlo igual porque no existía la misma correspondencia. Cortés continuaba con su vida disoluta y ella era una más entre otras mujeres. Una más, no la única ni concluyente.

Por ello, ya desde la salida de la expedición de Cortés, el mismo día en que Cristóbal Colón arribó a la isla Guanahani, en el archi-

piélago de Lucayas, aunque treinta y dos años más tarde, la Malinche se acercó a uno de los militares que siempre la trataba con suma corrección. Una persona amable y moderada, un hombre sensible y atento que la había acompañado en ocasiones durante sus tareas militares y cotidianas.

Juan Jaramillo.

La expedición compuesta por soldados, jinetes, pajes, pasteleros, músicos, danzantes y una piara de cerdos para la despensa infería que iban de romería en lugar de ir a combatir y superar innumerables dificultades. A lo mejor los elementos más pintorescos de esa caravana fueran los rehenes aztecas. Con los españoles y auxiliares indígenas marchaban el soberano Cuauhtémoc, el capitán Xihuacoa bautizado como Juan Velázquez y varios caciques, utilizados como rehenes por Cortés y, algo más importante, para evitar revueltas en la capital azteca durante su ausencia.

Cuauhtémoc era el último *buey tlatoani* (rey azteca), primo de Moctezuma II y sucesor de su hermano Cuitláhuac, fallecido a causa de una epidemia de viruela durante el asedio de las tropas de Hernán Cortés a Tenochtitlán, en los meses centrales de mil quinientos veintiuno. El último soberano azteca organizó la defensa de la ciudad y resistió durante tres meses y, cuando intentaba huir hacia Texcoco, fue capturado por las tropas españolas.

La expedición de Cortés a las Hibueras era un remedo de fiesta y eso fue hasta llegar a Coatzacoalcos, al sureste de Veracruz, y a partir de ahí el recorrido se convirtió en un calvario, una cascada de adversidades y problemas. Tuvieron que construir puentes de quinientos metros, veredas, campamentos; cruzar ríos caudalosos, estuarios, lagunas, pantanos; sufrir hambruna, sed, enfermedades, muertes. La piara de cerdos desapareció durante la marcha, los indios fueron sorprendidos comiendo carne humana y la carga de maíz que se trasladaba con la expedición se perdió sin saber su destino. El hambre hacía estragos en el personal.

En ese cúmulo de penurias y servidumbres, un delator indio confesó que los nobles aztecas conspiraban para eliminar a Cortés

y a los españoles. De esa noticia se enteró el Conquistador y la decisión no tardó en producirse.

—Quiero saber qué dicen esos nobles y quién ha ordenado la rebelión contra nosotros —exigió a la Malinche.

Tras sonsacar a los interesados, declararon sin remilgos que ellos eran los promotores de la conjura. Pretendían aprovechar el paso por un lugar complicado para lanzarse contra los españoles, en proporción de diez a uno, y eliminarlos. Ellos querían regresar a México, anunciar la muerte de Cortés y provocar una rebelión general.

—Cuauhtémoc es el máximo responsable —aseguró la Malinche.

El soberano azteca y el señor de Tacuba, su primo, fueron juzgados, condenados y ahorcados en un pochote o ceiba cerca de Acalán; al resto se le perdonó la vida por ser menor su participación en la conjura.

Después de continuas penalidades, la expedición llegó por fin al puerto de Trujillo, fundado por Francisco de las Casas en la costa actual de Honduras.

\*\*\*

Gaspar se acercó a Jerónimo de Aguilar en un descanso para charlar y conocer más cosas de su antiguo compañero en la expedición al Yucatán. Era un asunto pendiente desde hacía tiempo y nunca encontraba el momento oportuno.

—Bueno, Jerónimo, me quieres decir algo de Gonzalo Guerrero, ¿sí o no? No puedo soportar más la incertidumbre. ¿Hizo algo desleal contigo o los españoles? —interrogó Gaspar de sopetón.

—Ya que me lo pides de esa manera tan elegante, te diré lo que ocurrió —repuso Jerónimo con calma. Se tomó unos segundos de respiro antes de abordar el asunto y miró al cielo para rememorar los años pasados—. Mi joven amigo, casi preferiría no decirte nada, te puedes disgustar.

Gaspar lo miraba con curiosidad.



—Cuando arribamos al Yucatán con los compañeros del naufragio, como dije antes, nos libramos del sacrificio humano porque íbamos a la cola del grupo y, al ver lo que hacían a los demás, nos escapamos corriendo por la selva. Salieron detrás de nosotros para capturarnos y no lo lograron. Solo al cabo de tres días dieron con nuestro refugio, en la cavidad de una loma, y nos arrestaron. El cacique se apiadó de nosotros y nos perdonó la vida, convirtiéndonos en esclavos. Gonzalo fue regalado a otro cacique y se ganó su confianza. Se casó con su hija y fue nombrado jefe maya. Gonzalo tiene tres hijos, dos varones y una hija; otra niña fue sacrificada.

—¡Vaya! —se le escapó a Gaspar.

—Gonzalo, buen marinero de Palos de la Frontera, se ha integrado plenamente en el medio maya. Viste, come y habla como ellos. Tiene las orejas horadadas y la cara adornada como los indígenas. Interviene en sus ritos y costumbres como uno más y lucha de la misma forma contra sus enemigos. Es un jefe militar valioso y considerado.

—Ejem... ¿y están los españoles entre esos enemigos?

Asintió.

—Me apena decirlo. Luchó contra los españoles de la expedición de Juan de Grijalba, el año anterior a la llegada de Cortés, y ha luchado contra vosotros cuando llegasteis. Él es un gran militar y conoce las debilidades de los españoles: las armas, las corazas y los caballos. Todo esto lo utiliza en beneficio de los mayas. Por eso no quiso venir conmigo cuando le entregué la carta.

«Ahora entiendo el motivo de su inquietud cuando lo nombraba, y lo mismo respecto al gesto de tocarse la oreja», pensó Gaspar.

\*\*\*

Durante el recorrido, la Malinche tenía el pensamiento fijo en Martín, su hijo. ¿Qué estaría haciendo en casa de Altamirano? ¿Sufriría o estaría contento? ¿Tendría alguna enfermedad o disfrutaba de buena salud y jugaba con otros niños? ¿Cómo estaría su niño

y cuánto deseaba abrazarlo y besarlo y acariciarlo y comérselo, si hiciera falta?

Ella no podía olvidarlo y casi el único consuelo que tenía en el mar de dificultades de ríos, pantanos y la selva infinita de las Hibueras era el de estar cerca del capitán Juan Jaramillo, su protector y compañero de viaje. Con él se sentía mejor y a él confiaba sus cuitas, pensamientos y necesidades. Era su salvador en esos momentos de soledad en medio de la gente y de los seres que habitaban aquellos ignotos lugares.

A mitad de camino entre Tenochtitlán y Coatzacoalcos, poco antes de llegar a Orizaba, la Malinche se dirigió a su amigo Jaramillo para saber su opinión en orden a un posible futuro en común. La posibilidad de vivir los dos en una casa y formar una familia.

—¡Sí! ¿Te gustaría? —dijo él con alborozo.

—¡Pues claro! —certificó ella—. No te das cuenta de que no me separo de ti en todo el viaje. Estoy a gusto contigo.

—Yo también estoy feliz. Pero antes... no sé... si debo... —balbuceó Jaramillo.

—Venga, arranca de una vez —animó la Malinche.

—Bueno, ¿quieres casarte conmigo? —inquirió él de corrido.

—Me gustaría mucho.

La pareja se abrazó con regocijo, rodeada de naturaleza plagada de hojas, ramas e insectos, y se dio un beso dulce que selló sus palabras.

—Se lo diremos a Cortés —propuso el capitán Jaramillo.

La Malinche sonrió. Estaba gozosa por encontrar un marido, un hombre honrado y fiel, una persona que la protegiera y cuidara de su hijo Martín y de los futuros hijos, en su caso.

—Me parece bien —admitió Cortés—. Creo que es lo mejor para todos y esencialmente para vosotros. En la próxima localidad de nuestra ruta haremos un alto y celebraremos la boda.

En efecto, en el pueblo de Ojeda del Tuerto, contiguo a Orizaba, se celebró el enlace matrimonial con la asistencia de toda la expedición. Tras la firma de los testigos y la felicitación de los

presentes, se reanudó la marcha. Ese día fue especial por su significado, pues la pareja del Conquistador se casaba con un militar apreciado por sus compañeros y ambos disfrutaban de esa ventura. Una gran suerte para ellos y sus amigos. Uno de ellos era, sin duda, el cronista Díaz del Castillo, compañero de viaje y amigo íntimo de Jaramillo, quien soltó un ¡hurra! por la nueva pareja. Como regalo de bodas, Cortés les entregó la encomienda de Xilotepec.

Esa no fue la única sorpresa del viaje, toda vez que antes de llegar a Coatzacoalcos, al cruzar un río caudaloso en unas canoas, a Cortés se le perdió parte de su ropa y objetos de plata y a Jaramillo la mitad de su fardaje. Ninguno de ellos pudo recuperarlo debido a que el río estaba lleno de «lagartos muy grandes», conforme dice Díaz del Castillo. Caimanes. Ya en Coatzacoalcos, a los dos meses de la boda, la expedición fue recibida por una multitud que hervía de felicidad celebrando fiestas y juegos y por más de trescientas canoas ornamentadas con arcos triunfales. La hueste permaneció allí seis días.

Algunos caciques de la zona visitaron a los componentes de la expedición y afortunadamente la Malinche reconoció a su madre y a su medio hermano, el hijo del mancebo cacique que se casó con ella y ambos decidieron venderla a un mercader. La hija reaccionó con naturalidad y explicó que tenía otro dios, un hijo de Cortés y se acababa de casar con un caballero, el capitán Jaramillo. Se encontraba feliz.

La madre, por su parte, no puedo contener la emoción. La estrujó.

—¡Hija mía! —exclamó con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Madre!

—Siento lo que pasó.

—Deja el pasado, madre. No te preocupes por lo ocurrido.

Su medio hermano saludó a Jaramillo y a Gaspar, casado con otra mujer como ella, amiga, y él se interesó por su situación. De nombre Sihuca, en náhuatl *el benjamín de la familia*, consiguió entenderse con Gaspar mezclando palabras de su idioma y el español.

Pasaron un rato agradable y se emplazaron para verse en Ciudad de México. Sihuca iba con frecuencia a la capital.

\*\*\*

Cuando Cortés salió de México con la expedición tenía la confianza de que dejaba en buenas manos el gobierno de México. Había formado una junta constituida por el licenciado Alonso de Zuazo como alcalde mayor, el tesorero Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz. Igualmente estaban el regidor Rodrigo de Paz, primo del Conquistador y encargado de los bienes de su casa; el capitán Francisco de Solís, responsable de las atarazanas; el factor Salazar y el veedor Chirinos.

Cada uno de ellos tenía una función concreta que no debía interferir en el resto, a juicio de Cortés, si bien el resultado no fue satisfactorio. A poco de salir la expedición hacia las Hibueras, llegaron nuevas de los graves problemas que se habían desencadenado en México. Eran tan graves que Cortés estuvo a punto de interrumpir el viaje previsto; no contaba con la inexperiencia de los nuevos administradores de México, menos de un año de estancia en el país, ni con su bisonñez en asuntos de las Indias, amén de la animadversión manifiesta hacia él.

Con todo, la solución a los problemas que estos regidores encontraron en México se reducía a algo muy simple: aniquilar a Cortés y sustituirle.

No lograron ese propósito realmente, aunque sí de palabra, ya que divulgaron por la urbe que había fallecido.

Desde tierra hondureña, el Conquistador se lamentaba de las intrigas y desmanes que sucedían en México, y con el fin de arreglar los entuertos, hasta especuló embarcarse por dos veces y poner rumbo a ese destino. Los temporales y las averías de las embarcaciones anularon dichas iniciativas, así como la de ir por tierra cruzando Guatemala, territorio controlado por su capitán Pedro de Alvarado. Ningún intento fue factible por una enfermedad so-

brevenida. Cortés estaba macilento y a punto de morir por calenturas, y su estado era tan horroroso que ya le tenían preparado un hábito de san Francisco a modo de mortaja.

—Señor, ¿podría enviar una persona de confianza a la Ciudad de México? —sugirió Gaspar una mañana, cuando su jefe paseaba por el puerto de Trujillo.

—Lo pensaré —repuso él, lacónico.

Transcurridos unos días, dijo:

—Gaspar, llama a Martín Dorrantes.

Era mozo de espadas de Cortés, un joven leal y decidido, capaz de cumplir con una misión delicada.

—Dorrantes —le mandó Cortés en privado—, lleva este mensaje a los franciscanos de México. En este documento se revocan los poderes a los administradores anteriores y se entregan a Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas. Nadie más debe saber su contenido.

Dorrantes se puso en marcha y a principios del año veintiséis entró en la capital vestido de campesino con los documentos firmados por su jefe envolviendo su cuerpo. Alcanzó el convento de San Francisco, refugio eventual de conquistadores y amigos de Cortés, y entregó los papeles que portaba. Los leyeron y todos se pusieron a bailar. ¡Aleluya! Su jefe no solo estaba vivo, sino que además era capaz de cambiar los regidores de la metrópoli.

—¡Cortés está vivo y a punto de regresar! —se anunció por las calles de México con algarabía.

—¡Viva el rey! ¡Viva Hernán Cortés! —gritaron los partidarios de su regreso. Otros, los del bando contrario, no se lo creyeron.

—Es una baladronada —decían.

La noticia se extendió como una mancha de aceite y cada día que transcurría muchos eran los que se adherían a la vuelta del Conquistador. Bastantes rivales huyeron de la urbe y otros fueron detenidos a la espera de su llegada. El revuelo urbano era mayúsculo y el temor de los adversarios se incrementaba por minutos.